

---

## Amor y diferencias

Luis González de Alba

**E**l planteamiento sobre el amor en los tiempos de la democracia se basa en que, para hacer efectiva la democracia, sea en el amor o en la política, es indispensable asumir las diferencias. Esto, que se sabe muy bien en política (pregúntenselo a los partidos de oposición) no está tan claro en el amor. Hombres y mujeres somos diferentes en muchos aspectos importantes. Asumámoslo para amarnos a pesar de las diferencias y poder ser iguales en otros sentidos.

Creo que las grandes diferencias entre el amor heterosexual y el amor homosexual proceden precisamente de estas diferencias entre los sexos. Un ejemplo ilustrativo es el cortejo, que es exigencia de las hembras (incluida la humana). Recuerden ustedes, el cortejo es la exigencia de la hembra a que el macho haga algo antes de que aquello ocurra. Dependiendo de la especie, la hembra plantea cortejos muy distintos; si se trata de alces, la hembra exige: acaba con estos diez que están aquí; si se trata de faisanes argos, la hembra pide: enséñame las alas, y ella observa de las alas solamente las plumas remeras y el que las tiene más largas es el elegido. Eso es el cortejo en las especies no humanas.

La hembra humana también exige cortejo, como lo saben muy bien todos los aquí presentes que han tenido que pagar, al menos, una coca cola. La hembra pone los requisitos porque para ella la inversión de economía orgánica en la reproducción es mayor que en el macho. Porque él no tiene ningún requisito, es que se da la falta de cortejo entre machos humanos.

Paso a afirmar, y luego a demostrar en la medida de lo posible, que sí existe una naturaleza o esencia femenina y otra masculina. La diferencia está presente tanto en lo anatómico (lo cual es obvio) y lo fisiológico (también lo es) como en lo cognitivo y lo psicológico (lo cual es preciso demostrar). Las diferencias no hacen a un sexo superior al otro, salvo en aspectos circulares y autorreferenciales. Por ejemplo, los hombres tienen mejores bigotes que las mujeres y éstas tienen mejores senos que los hombres.

Los hombres, como sexo socialmente dominante, han valorado todo lo que les es propio como superior a lo femenino. Y valoran todo, lo importante y lo superficial. Vean si no cómo, hasta los pasatiempos que son más típicos de hombres, son vistos como más serios que los realizados por mujeres. Por ejemplo, no entiendo por qué, salvo por esta valoración masculina, el dominó, muy jugado por hombres y mucho menos por mujeres, es considerado un pasatiempo más serio, al que se le dedica más tiempo de estudio, referencias en los diarios, etcétera, que a otros juegos, igualmente arbitrarios, que realizan las mujeres, como la canasta uruguaya. No son más que dos juegos, pero las mujeres que juegan canasta son vistas como viejas flojas y canasteras y los hombres que juegan dominó son valorados como sesudos e inteligentes, casi se diría que son unos matemáticos que exhiben su profunda capacidad. Estos dos juegos de salón están divididos con valores tan distintos porque uno lo juega el sexo dominante.

Así como han hecho con los juegos, los hombres han hecho con todo el mundo. Los hombres han construido el mundo a su imagen y semejanza: la política y la religión, la ciencia y el arte. La sociedad y el ejército están contruidos según la manera de pensar de los hombres. Por lo pronto, cuando una mujer ocupa un espacio tradicionalmente masculino debe actuar, a su pesar, según los esquemas de los hombres que lo diseñaron. No se feminiza la presidencia de la República, digamos, ni la gerencia de un consorcio porque las ocupen mujeres; más bien se masculinizan la presidenta y la gerenta.

Son muchos los elementos que permiten sostener la existencia de dos psicologías, de dos formas de ver el mundo, de dos tipos de procesos cognitivos o de conocimiento de la realidad, uno masculino y otro femenino. Hoy solamente voy a hacer referencia a uno muy sencillo: el deporte. No sé si se habrán preguntado ustedes por qué los grupos feministas no han exigido que desaparezcan de los juegos olímpicos las horribles y sexistas diferencias entre hombres y mujeres. Tal vez alguna feminista lo haya planteado, pero no es una demanda feminista internacional que se elimine la diferencia de categorías masculinas y femeninas. ¿Por qué nadie pide que hombres y mujeres corran juntos, levanten pesas juntos, salten garrocha juntos? Pregúntense por qué.

Segunda cuestión. ¿Por qué el comité olímpico realiza pruebas de sexo cromosómico a las atletas mujeres, pero no a los atletas hombres? Esta prueba tiene como finalidad detectar a un hombre cromosómico que

teniendo una apariencia un tanto femenina, se cuele a la categoría femenina para correr o saltar con las mujeres. A los hombres no se les hace la prueba de sexo cromosómico. Al comité olímpico no le importa en absoluto que una mujer quiera competir con los hombres. Puede hacerlo. Lo que no se permite es que un hombre participe en la categoría femenina. Esta prueba cromosómica se exige porque sería fácil para algunos hombres hacerse pasar por mujeres, no tanto porque ellos tengan un aspecto particularmente femenino, sino porque usualmente las grandes atletas de carrera de obstáculos, de maratón, de salto con garrocha, tienen una conformación que se considera masculina. Esto es, generalmente son de cadera más estrecha y senos poco abundantes.

Así como los hombres han construido la política, la religión, el arte, la ciencia, en fin, la sociedad entera, a su imagen y semejanza, igual han hecho con el deporte. Los hombres han hecho los deportes como una prueba de los límites del cuerpo masculino. Habría pruebas en donde las mujeres tendrían ventaja, pero no han sido desarrolladas porque los hombres, como sexo dominante, no han tenido interés en desarrollar algo donde van a perder. Es bien conocida la diferencia que existe en la forma de expresión de la energía en hombres y mujeres. En ellos se expresa de manera instantánea, rápida, y se agota pronto; en ellas, se expresa de manera lenta, prolongada, y no se agota pronto. Las mujeres tienen, como todos hemos observado, mayor reserva energética que se acumula en lugares propicios del cuerpo en forma de grasa. Precisamente la grasa es para dar una mayor resistencia al sexo que, de los dos, es el menos sustituible. Por el papel que tienen en la reproducción los machos son sustituibles, las hembras no. Hembra perdida es cría no nacida; en cambio un macho muerto puede ser sustituido fácilmente por otro.

Bien, el deporte es una investigación sobre los límites del cuerpo y, como todas las investigaciones realizadas en las fronteras de lo desconocido, trae peligros: desde tobillos luxados y huesos rotos hasta cuerpos destruidos y muerte. Freud sostiene que el deporte posee un componente autoerótico que sustituye el placer sexual por el placer de movimiento. El deporte implica, pues, un análisis y una reflexión sobre lo que somos. Pero nada más sobre lo que somos los hombres, ya que todos los deportes están hechos a la medida del cuerpo masculino. Como son hechos por y para los hombres, no existe uno solo donde sea ventaja tener las caderas anchas o pechos prominentes. Por esta misma razón las mejores atletas mujeres son las que, de entrada, poseen una anatomía

próxima a la masculina. Y exactamente por lo mismo siempre existen categorías femeniles y nadie protesta por ellas. Es preciso evitar la competencia desventajosa de los hombres.

Pero que no existan deportes en los que se investigue aquello que es propio y particular del cuerpo femenino de ninguna manera significa que no pueda haberlos. No se han creado simplemente porque esa demanda no podría venir más que de las propias mujeres (por eso yo no creo en los feministas) y éstas han visto impedido su desarrollo en muchos ámbitos por parte del sexo dominante. No ha sido la falta de participación femenina, que hoy hasta se alienta, la que ha coartado la creación de deportes típicamente femeninos. En muchos países, como la Unión Soviética, se toma desde muy pequeñas a las jovencitas y se les entrena y alienta, pero en deportes hechos para hombres. Es la dominancia masculina la que ha coartado la creación de deportes típicamente femeninos, esto es, aquellos en los que las mujeres tendrían ventaja sobre los hombres.

Como los cuerpos de cada sexo son tan diferentes, esto le da a las mujeres una desventaja de inicio, un handicap, pues el deporte es en buena medida, mecánica: un asunto que se puede medir en términos de palancas, resistencias y puntos de apoyo. Jamás un corredor de piernas cortas le ganará a uno que las tenga más largas. Nunca un hombre de piernas delgadas podrá levantar grandes pesos, etcétera. Otro tanto le ocurre a las mujeres, si no consideramos sus anatomías y fisiologías.

Pero hay un deporte en el cual podemos imaginar que las mujeres tendrían ventaja por sus características fisiológicas. Recordemos que los hombres gastan su energía a tasas más altas que las mujeres, pero que les dura menos. Esto es, son capaces de grandes esfuerzos siempre y cuando no sea preciso mantenerlos mucho tiempo. En cambio, el cuerpo femenino está dotado de mayores y mejores depósitos de aquellos elementos que se procesan para producir energía. Esto quiere decir que si hubiera una carrera de resistencia, en la que no importara llegar primero, sino llegar después de un prolongado esfuerzo, serían más las mujeres que alcanzarían la meta que los hombres. No es el caso de la carrera de maratón, calculada en el límite de la resistencia masculina, pero dominada por la velocidad. El maratón localiza el punto de balance para el cuerpo masculino.

Con este ejemplo del deporte hemos podido ver cómo los hombres construyen todo a su propia medida. Esto no es, a mi juicio, un acto de maldad, sino un reflejo simple y llano como el de acomodar el asiento cuando nos subimos a un coche y lo ponemos de acuerdo al largo de

nuestras piernas. Así se han hecho las cosas, tanto los objetos como las instituciones. Y las diferencias entre hombres y mujeres también se expresan en cómo ven el mundo, cómo conocen el mundo y, por lo tanto, cómo investigan el mundo (y de ahí vienen la religión, el arte y la ciencia).

Una diferencia importante entre hombres y mujeres es la asimetría cerebral. Las dos mitades que conforman el cerebro, llamadas hemisferios, no funcionan al unísono. Esto se sabe hace tiempo y se conoce como asimetría cerebral. También se sabe que dicha asimetría es más marcada en los hombres. Janet Mc Glone revisó 33 reportes experimentales en *Behavioral and Brain Sciences* y concluye: “en los últimos veinte años han aparecido reportes sobre diferencias sexuales en el grado de especialización hemisférica. Hay una acumulación de evidencia que sugiere que el cerebro masculino está más asimétricamente organizado que el femenino.” Nuestro hemisferio cerebral derecho analiza las relaciones espaciales mientras que el izquierdo se especializa en los procesos verbales. Ambos están interconectados por medio de una estructura llamada cuerpo calloso y es probable que estas conexiones sean más abundantes en las mujeres. También los zurdos poseen esta ventaja, sostiene la psicóloga Sandra Witelson, de la universidad Mac Master de Canadá. Francesca Simon, del Instituto de Psicología de Roma, reporta en *Perceptual and Motor Skills* diferencias relacionadas con el sexo en las asimetrías hemisféricas al procesar figuras geométricas simples. Nora Newcombe, Judith Semon, Pamela Cole, publican en *Neuropsychologia* 19 (5) —noten que todas son mujeres— que los electroencefalogramas muestran asimetría en los hombres y homogeneidad en las mujeres. Barbara Page y Linda Martin en el *Journal of Social Psychology* revisaron datos etnográficos de ochenta y ocho sociedades preindustriales de Africa, Asia, Oceanía y Norteamérica. La hipótesis de que las niñas son más fácilmente educadas que los niños en las normas sociales apareció fuertemente apoyada como un resultado de su temprana ventaja verbal, debida ésta a la lateralización cerebral diferente.

No sé si las madres aquí presentes hayan observado que sus niñas hablan más pronto y mejor que sus niños. El decir gua-guá, pu-pú, y demás son tonterías de los niños. Las niñas muy pocas veces empiezan a hablar así; hablan y ya. Está ampliamente documentado que las niñas aprenden a hablar antes que los niños. Bonnie Burstein sostiene en *Human Development*: “Muchachas y mujeres alcanzan mejores puntajes en habilidades verbales mientras muchachos y hombres los tienen en habilidades espaciales”. Claro que inmediatamente los valores masculinos las

califican no como capaces, sino como argüenderas. ¿Ven? esa es la manera masculina de interpretar la ventaja verbal. Si la ciencia médica (que es masculina) dictaminara que es mejor tener un cerebro asimétrico que homogéneo estaría imponiendo un valor masculino. Y si nuestras investigadoras mujeres aceptaran la valoración masculina se meterían en el lío de probar que el cerebro del hombre no es tan asimétrico o que el de las mujeres es tan asimétrico. En vez de negar la evidencia científica lo que hay que hacer es rechazar la valoración masculina de la diferencia. Continuando por esta vía nos podríamos preguntar si la mayor afluencia de mujeres a carreras humanistas se debe al mayor empleo de habilidades verbales en estas carreras. La hipótesis tradicional es que las carreras humanistas son inferiores a las científicas y por esa razón los hombres se las dejan a las mujeres. Ya de entrada suponer que el humanismo es inferior me resulta aberrante.

La editorial de MIT publicó un volumen basado en la sesión de trabajo del programa para la investigación de las neurociencias donde se intenta una explicación de las diferencias arriba mencionadas. El libro, precioso y muy bien editado, se llama *The Sexual Differentiation of the Brain* y contiene una hipótesis (que no les va a gustar) que se llamó hipótesis organizacional. Brevemente explicada ésta diría: en los mamíferos hay cerebros masculinos y femeninos. Los primeros se organizan a partir de la aparición de ciertos mensajeros químicos, que también organizan los órganos reproductivos masculinos. Si impedimos la producción de estos mensajeros químicos, el cerebro y los órganos sexuales de un macho se organizarán de acuerdo a un patrón femenino. En cambio, si hacemos lo mismo con una hembra, su cerebro y órganos sexuales seguirán siendo femeninos.

Bien, así como la testosterona indica con su aparición el momento de dotar al feto de órganos sexuales masculinos y de esta manera se pone en práctica el mensaje de los genes, también orquesta importantes diferencias en la organización cerebral. Una estructura localizada en la base del cerebro, cuya diferenciación depende sustancialmente de los andrógenos y hormonas masculinas es el hipotálamo. Y, de nuevo, así como el desarrollo de los genitales femeninos no requiere de un mensajero químico específico y se produce hasta en la completa ausencia de ovarios, así la organización femenina del hipotálamo tampoco requiere de órdenes producidas hormonalmente. En el macho, en cambio, el mensaje contenido en los genes no es suficiente; requiere de un transmisor químico y además, debe darse en cierto periodo, que varía según las

especies, pero que no permite errores. Si falla, el resultado no será una malformación, sino una organización femenina del macho genético. Un macho cromosómico tendrá apariencia de hembra. Parece, pues, como si existiera un "cauce" femenino que se expresa en ausencia de las condiciones virilizantes.

El hipotálamo, recordemos, regula tanto la conducta sexual como las expresiones de cólera o de ira, por lo cual no debe asombrarnos que una parte de la conducta de cortejo del macho sea indiscernible de la conducta agresiva de dominación. Pensemos también cómo en nosotros hay mucho de esa combinación, sin que esta afirmación busque justificar la violencia, sino observar estas posibles fuentes y quizás a partir de eso remediarla. Dejemos pues planteado que poseemos diferencias notorias en el hipotálamo.

La ideología de derecha pretende que las mujeres son inferiores al hombre. La ideología de izquierda, en cambio, supone que son iguales. Como toda ideología que se respeta ambas ignoran los hechos y hasta la anatomía. Sara Blaffer, socióloga y feminista, autora de *The Woman that Never Evolved* (La mujer que nunca evolucionó), dice: "Se piensa a veces que la biología ha trabajado contra la mujer. Algunos supuestos sobre la naturaleza biológica de hombres y mujeres han sido usados frecuentemente para justificar roles femeninos sometidos a inferiores. Las feministas, en particular, se revelan ante la idea de buscar en la ciencia de la biología información de qué luz sobre la naturaleza humana".

Regresando a mi planteamiento inicial sostengo la necesidad de reconocer las diferencias biológicas entre hombres y mujeres. Creo que nuestra lucha contra el sexismo debería implicar una transformación femenina al mundo masculino, y no una asimilación. Que la mujer modificara el mundo masculino sería una verdadera aportación. Hasta el momento lo que vemos es lo contrario: cuando las mujeres llegan al ámbito masculino, se masculinizan: cuando son primeras ministras, son como Margaret Thatcher, más macha que cualquier otro. Yo diría que la silla modela a quien se sienta en ella. Una esperanza sería que las mujeres modificaran este mundo horrible que hemos hecho los hombres y que dejaran de decirnos que pueden ser tan violentas y tan agresivas como nosotros.